



En la jungla con “comandos” de la Policía colombiana

TEXTO Y FOTOS: Jeff Randall

SIN MOVER SUS OJOS DEL SUELO DE LA JUNGLA, EL ARTILLERO SITUADO EN LA PUERTA DEL HELICÓPTERO LEVANTÓ TRES DE SUS DEDOS, INDICÁNDONOS QUE FALTABAN TRES MINUTOS PARA LLEGAR A LA ZONA DE ATERRIZAJE (LZ, *LANDING ZONE*). Uno de los oficiales ajustó la correa de su casco y otro de-

sentumeció sus extremidades superiores con un movimiento rápido pero coordinado. Nunca se sabe que nivel de resistencia puede encontrarse abajo y ellos tienen que estar preparados para la guerra tan pronto el helicóptero toque el suelo. Estábamos en el medio del territorio enemigo y buscábamos neutralizar

uno de los laboratorios de cocaína de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), un lugar capaz de producir cientos de kilos de cocaína pura cada día.

Un agente de la Agencia Antidroga de los Estados Unidos, la DEA (*Drug Enforcement Agency*), me gritó para que el ruido y las vibraciones del helicóptero UH-60 “Black Hawk” no interfiriesen sus palabras. “Estos muchachos alcanzan sus objetivos de forma rápida y eficaz. Mantén tus ojos abiertos y la cabeza baja, y no te muevas de la LZ hasta que la hayamos asegurado. ¡Tú estas ahora en el territorio de las FARC!”, me dijo.

Colombia es un país en guerra, una guerra que se remonta a décadas. Los narcoterroristas, las guerrillas, los paramilitares y la cocaína la definen. No importa lo que uno pueda pensar de la guerra contra la droga, la realidad es la que es y a largo plazo la seguridad de los Estados Unidos está intrínsecamente relacionada con lo que allí pasa. Desde la violencia en la frontera con Méjico al precio que se paga por la gasolina, una Colombia estable es vital para los intereses de la Seguridad Nacional estadounidense.

Frente a lo que mucha gente cree, se puede pensar que, en América Latina, la guerra contra la droga y el compromiso de los EE.UU. supone un gasto de dinero sin beneficio aparente. Pero, como se ha podido deducir de experiencias pasadas, la verdad difiere mucho de lo que se difunde en las noticias y, para encontrarla, uno tiene que “ponerse las botas y meterse en el barro”. Yo, me había propuesto, como primer objetivo, observar lo que es el “Plan Colombia”. No solo los frutos que se difunden de la ayuda procedente del Gobierno estadounidense, si no el “donde, como y porqué” el personal operativo pone sus pies en la línea de fuego cada día, en este “juego de ajedrez” altamente letal. Para conseguirlo, me encontraba trabajando en Colombia junto a uno de los más especializados grupos de élite del mundo: los “Comandos” de la Jungla colombianos.

Programa “Jungla”

Se inició en 1989 con ayuda de las Fuerzas Especiales del Servicio Aéreo Especial (SAS, *Special Air Service*), la élite de “Su Majestad” británica. Lo que ellos

promovieron se conoce como Programa de Interdicción Aeromóvil para la Jungla e involucra en la actualidad a unos seiscientos oficiales de Policía de Colombia, todos ellos especialmente seleccionados y divididos en las compañías de Bogotá, Santa Marta y Tulúa.

El Curso de Jungla en el que se les prepara para lo que serán sus nuevos cometidos dura cuatro meses y medio, periodo en el que los agentes reciben entrenamiento en el empleo de armas ligeras, destrucción de laboratorios de droga, operaciones nocturnas, tácticas de pequeñas unidades, tiro con armas largas



de precisión, movimiento en patrullas de largo radio de acción (LRRP, *Long Range Reconnaissance Patrol*), demoliciones y asistencia médica. Toda la instrucción es responsabilidad de personal local, aunque en algunas fases del aprendizaje intervienen especialistas de organizaciones como las Fuerzas Especiales del Ejército estadounidense (*U.S. Army Special Forces*), la Agencia Central de Inteligencia (CIA, *Central Intelligence Agency*), la DEA y otras agencias del Gobierno yanqui.

El personal de esas unidades recibe también un entrenamiento avanzado en el Instituto para la Se-

“Su actividad es responsable directa de las altísimas pérdidas sufridas por las FARC en los últimos años, con muchos de sus ‘comandantes de frente’ capturados o neutralizados”



guridad y Cooperación del Hemisferio Occidental (WHINSEC, *Western Hemisphere Institute for Security Cooperation*) que tiene su sede en Fort Benning (Georgia) y en la Inter-Academia de las Fuerzas Aéreas Americanas (IAAFA, *Inter-American Air Forces Academy* de San Antonio (Tejas).

“Los junglas” –como allí se les conoce– se encuentran entre las mejores unidades especiales de Colombia, sino de toda América Latina. Ellos, desde su creación, han encontrado y aprehendido grandes cantidades de cocaína, destruido cientos de laboratorios y detenido a numerosos líderes de las FARC, el Ejército Nacional de Liberación (ELN), las Fuerzas de Autodefensa de Colombia (AUC) y algunos de los mayores grupos de narcotraficantes. Estos operadores aeromóviles son una Fuerza formada por las autoridades colombianas y estadounidenses para capturar objetivos del más alto valor (HVT, *High Value Targets*), cómo son los “narcos” que lideran las distintas organizaciones o los jefes de las facciones guerrilleras.

De hecho, su actividad es responsable directa de las altísimas pérdidas sufridas por las FARC en los últimos años, con muchos de sus “comandantes de frente” capturados o neutralizados. Las cifras estiman que sus efectivos eran unos diecisiete mil y ahora son algo menos de diez mil. Pero con esa reducción en número la amenaza se ha concentrado. Frente a los viejos tiempos en los que las FARC simplemente forzaban a los dueños de los laboratorios a que les pagasen una tasa, hoy son ellos quienes los controlan. Y no puede cometerse un error sobre esa realidad. El negocio de la cocaína está teniendo cada vez más éxito, sobre todo después de que los peligrosos carteles mejicanos se hayan convertido es sus mayores clientes. Los laboratorios de proceso en la jungla colombiana están fortificados por las guerrillas armadas, por lo que destruirlos es un escenario de combate que difiere mucho de una simple operación policial. Pero para ese tipo de cometidos se ha entrenado a las unidades “Jungla”, y hacen bien su trabajo.

Cuando esos “jóvenes guerreros” ponen sus pies en el escenario de la acción, saben que han recibido el mejor entrenamiento y material que el dinero puede pagar. Mucho de su equipo táctico y formación está esponsorizado por la Sección de Narcóticos (NAS, *Narcotics Affairs Section*) del Departamento de Estado estadounidense y ha probado ser una ventaja decisiva para ellos cuando se enfrentan al adversario. Su uniformidad se asemeja mucho a la que



llevan las Fuerzas Especiales de los EE.UU.: carabinas M4, ametralladoras ligeras M249 SAW (*Squad Automatic Weapon*) y medias M60, morteros M224 de 60mm, avanzados equipos de visión nocturna, comunicaciones encriptadas, detectores de minas, ..., y equipo de supervivencia.

Los “Jungla”, que han sido entrenados como un equipo de asalto aéreo muy veloz, no arrugan el ceño sobre lo que será su trabajo. Cuando la Inteligencia es verificada y los objetivos localizados, los equipos se concentran y tiene lugar una reunión informativa. Inmediatamente después son enviados hacia la zona. Si no hay un punto de aterrizaje posible, los agentes se proyectan hacia el suelo mediante una gruesa maroma –técnica de *fast roppe*–, mientras otros aparatos UH-60 les sobrevuelan proporcionándoles seguridad con sus ametralladoras

multitubo GAU “Minigun” capaces de acciones de fuego especialmente contundentes.

Una vez en el suelo, la acción es veloz y decisiva, con muchas de sus operaciones realizadas en menos de una hora desde su toma. Es objetivo saber que si un HVT es considerado dentro del “carnet de baile” de los “Jungla”, lo mejor para ellos es que se alejen del lugar y que no esperen a que el cielo se oscurezca –por el humo que acompañará a la destrucción del lugar– por la acción de esos guerreros.

Pero los beneficios del dinero procedente de la cocaína y la ventaja de poder que obtienen quienes son los narcoterroristas, les anima a moverse, reconstruir y volver a su negocio, lo que hace que los policías que luchan contra ellos tengan nuevos objetivos con los que acabar. Es como el eterno enfrentamiento “entre el gato y el ratón”.

La causa de la guerra

No hay duda sobre ello. El enfrentamiento de las guerrillas de las FARC con los políticos y la Política se ha vuelto una guerra muy provechosa. Aunque los efectivos remanentes del AUC se hayan convertido en poco más que Organizaciones de Tráfico de Drogas (DTO's, *Drug Trafficking Organizations*), como alrededor de la cocaína se mueve mucho dinero, dudo que veamos pronto un final en esta lucha. De media, un laboratorio HCL (*Hydrochloride Cocaine Laboratory*) cuesta unos quinientos mil dólares, “cacahuetes” en el mundo de la cocaína. Por ese motivo,

Pese a ello, la guerra en la jungla contra la cocaína no es una causa infructuosa o desaprovechada. La frontera con Méjico es un escenario en el que se mueven cárteles muy peligrosos financiados y equipados con los beneficios de la cocaína colombiana. Cada vez que se destruye un laboratorio o un HVT se reduce el movimiento de dinero, armas y droga a esas organizaciones que los necesitan para mantener activa su propia guerra. Ésta es, por si misma, razón suficiente para continuar la lucha en Colombia. De hecho, es mi opinión que los estadounidenses tenemos que reforzar los medios empleados en esa lucha.



destruir un laboratorio poco influye en los bolsillos llenos de los “narcos”. Ellos, simplemente los reconstruyen usando un poco del dinero que obtienen con su negocio. De todas formas, su destrucción si hace que tengan que hacer un nuevo esfuerzo, que dura varios meses, para volver a poner a punto unas instalaciones que requieren mover equipo voluminoso y pesado por un terreno que es especialmente hostil, lo que hacen generalmente en mulas, en canoas o a las espaldas de los que trabajan para ellos.

Como me explicaba uno de los agentes de la DEA que actuaba como mi enlace con los “Jungla”, “no hay falta de objetivos, pero si tenemos una cierta falta de medios” –hablaba conmigo sobre el número limitado de helicópteros “Black Hawk” enviados a la zona–. Incluso con recursos limitados, Colombia está dejándose la piel en esta contienda. Como complemento a la destrucción de laboratorios y las acciones concentradas en los HVTs, están ahora centrándose más en quienes son los traficantes, los que actúan en

sus canales de apoyo y los que trabajan produciendo cocaína. Nuevos grupos de Operaciones Especiales están siendo entrenados y formados para que puedan infiltrarse y actúen contra la estructura de Mando y Control, a la vez que puedan proporcionar Inteligencia y análisis sobre las redes sociales (SNA's, *Social Network Analysis*) de cualquiera asociado con el negocio de la cocaína y de las actividades de la guerrilla. Como ha sucedido con el Programa “Jungla”, organizaciones como la Agencia de Seguridad Nacional (NSA, *National Security Agency Security*), la CIA, la DEA y otras agencias están proporcionando dinero y entrenamiento, pero se espera que esos programas puedan, en un futuro próximo, operar de forma autónoma y bajo la dirección del Gobierno de Colombia.

El escenario político en aquel país está cambiando y los agentes en el terreno saben que la guerra cambiará también. Mientras me encontraba en el país, las noticias de distintos medios se centraban en el rumor que las FARC habían adquirido una veintena de misiles superficie-aire (SAM, *Surface to Air Missile*) de origen soviético, información que si era acertada modificaría, de forma sustancial, las “reglas del juego” e implicaría cambios en el modo en el que las misiones de interceptación se llevaban a cabo.

Por si el problema no fuese suficiente, el incremento de tensiones con Venezuela y Ecuador no iba a ser un factor positivo para el Programa “Jungla”. Pese a los problemas, es bueno considerar que neutralizar objetivos de alto valor o laboratorios es algo más que un “farol” en la partida de póker que enfrenta a varios interlocutores. Entretanto, mientras sobrevolábamos el territorio de las FARC y un operador estaba sentado a mi lado en la puerta abierta del “Black Hawk”, meditaba sobre el hecho que “iba a tomar asiento” en la mesa de una altamente armada jungla.

“La Operación”

Hay un sentido final en las acciones en curso. Va más allá de llevar aparatos UH-60 al territorio enemigo. Es una sensación de soledad similar a la que se experimenta cuando el helicóptero despegua y te lleva hacia el punto de destino, como si te dijese “tu es-

tas aquí para quedarte”. Había leído muchas informaciones sobre militares y policías colombianos que habían resultado muertos o capturados mientras se encontraban en el curso de una misión, por lo que me rondaba en la cabeza que aquel día podía ser la fecha en la que una columna de las FARC, bien armada y potente, decidiese enfrentarse a nuestra presencia. Sabiendo que estaba en el “lado incorrecto del camino”, con la misión de destruir un negocio multimillonario, es un buen momento para meditar que podía tener que pasar un largo periodo en la jungla si las cosas salían mal.

Nuestro objetivo era un laboratorio de hidroclorato de cocaína perteneciente a las FARC y localizado a unos noventa y cinco “clicks” al este de Medellín. Un informante había proporcionado las precisas coordenadas de un sistema de posicionamiento global (GPS, *Global Position System*), pero encontrar unas estructuras con techos negros en la jungla no era la cosa más fácil de hacer. Estuvimos volando en círculos sobre la zona durante unos treinta minutos antes de desembarcar. Cuando se abrió la puerta de nues-



“Cada vez que se destruye un laboratorio o un HVT se reduce el movimiento de dinero, armas y droga a esas organizaciones que los necesitan para mantener activa su propia guerra”

tro helicóptero, agentes de la DEA y los “Jungla” se movieron con rapidez para asegurar el perímetro alrededor del helicóptero que nos transportaba. A no más de cincuenta metros de la zona de aterrizaje, uno de los agentes colombianos recogió un cargador lleno de cartuchos del calibre 5,56x45mm abandonado por las FARC durante una retirada apresurada. Probablemente, ellos habían decidido que aquella fecha no era el mejor día para morir.

Cuando llegamos al laboratorio, vemos que en la cocina la sopa se estaba aún demasiado caliente y que la puerta del viejo refrigerador se había quedado abierta. Los que allí estaban habían abandonado el lugar con prisa y dejando abandonadas algunas pertenencias, como uniformes y un gorro militar con una estrella roja en su centro. Era obvio que lo único que aquellos terroristas se habían llevado consigo era la ropa que vestían y sus armas.

Las FARC temen más a los equipos de Asalto Aéreo que a cualquier otra cosa. En el libro “Out of captivity”, escrito por tres contratistas estadounidenses que estuvieron secuestrados durante más de cinco años, comentan que una de las cosas que más aterriza a las FARC eran los “comandos” llegando en sus UH-60. Pero ellos sabían que los artilleros que manejaban las ametralladoras no querían disparar sobre sus propias tropas, por lo que en más de una ocasión capturaban militares para usarlos como “escudo hu-



mano”. Conocían que tenían que esperar a que los helicópteros abandonaran las LZ para iniciar su exfiltración a toda prisa, para evitar ser capturados.

Uno de los “Junglas” me comentaba, respecto de nuestro objetivo, que combatientes armados protegiendo un emplazamiento HVT se encontraban en la jungla a no más de trescientos metros de nuestra posición, con sus ojos atentos a cualquier movimiento. En ese entorno, es sabido que algún joven puede fijar sus elementos de puntería en tu torso y apoyar su dedo en el gatillo, por lo cual lo que caracteriza el negocio de la droga y el mundo de las FARC es un en-



torno donde la lógica, la razón y la vida humana no tienen ningún valor. Si uno participa en este juego tiene que aceptar que no siempre será la experiencia o el entrenamiento lo que te mantendrá vivo, en algunos casos es simplemente que alguien toma la decisión de no apretar el gatillo.

El “polvo del demonio”

Sin conocer cual es vuestra opinión sobre las drogas, comentar que la historia de la cocaína es fascinante. De hecho, no puedo pensar en otro producto que de forma tan singular haya cautivado y corrompido a

gobiernos, naciones y gente como lo ha hecho la cocaína. El polvo que la gente esnifa por sus narices, se vuelve un potente revulsivo para los humanos, por los efectos que origina en aquellos que la consumen. Las hojas verdes de la planta de coca se recogen a mano, lavan y se sitúan en contenedores que contienen agentes químicos que precipitan la droga. Una vez que ese proceso de precipitado se ha completado, la sustancia resultante tiene un color beige a la que se llama pasta o base de coca. Se la lleva a un laboratorio donde sufre una transformación que incluye su introducción en unos recipientes a presión en

los que interactúan con distintos químicos, como la acetona o el “rendex”, aditivo que hace que el producto final sea más blanco y reluciente.

Después de haber sido sometido a presión, cocido con sustancias químicas y secado, se sitúa en una prensa hidráulica para acabar con cualquier residuo acuoso. El resultado son unos bloques de, aproximadamente, un kilo que pueden ser marcados para fa-



cilitar su identificación. Se la almacena al vacío y se envía, a través de distintos canales, a distintos puntos del mundo. Por supuesto, esta es una versión simplificada del proceso que, en realidad, es algo más complejo y tedioso, por lo cual muchos laboratorios contratan químicos que se aseguran que la ejecución se hace de forma correcta. Ellos generan lotes de prueba cuando comienzan a trabajar para verificar el nivel de pureza que consiguen.

Mientras que el polvo en sí mismo es puro, el negocio es sucio –desde el vendedor de crack en la esquina de una calle a los “señores” de la droga colombianos–. Todo se inicia durante el procesado, fase en la que el concentrado de acetona y sosa cáustica envenena la tierra. Posteriormente, el producto alcanza la mesa donde el vendedor estadounidense lo “cortará” un vendedor estadounidense. Nada es limpio ni honorable en lo que proceda de la coca.

Para elaborar este veneno se requiere de un pequeño ejército de constructores, químicos, “cocineros” y

otros especialistas. Las organizaciones de tráfico de drogas y las FARC proporcionando el dinero necesario para ponerlos a trabajar juntos. Y mientras a algunos pueda parecer que este tipo de negocios puede ser beneficioso para las economías locales, no hay duda sobre que los que plantan la coca, los que trabajan en los laboratorios y los que actúan como “mulas” de carga hacen poco más que permanecer vivos. No hay que olvidar que casi siempre están bajo amenaza de muerte y viven en unas horribles condiciones, solo para que “el engranaje” de la cocaína siga moviéndose.

Durante mis años de investigación en este peligroso negocio me he reunido con recolectores, procesadores y transportistas. Todos ellos dicen que no les gusta lo que hacen pero que es la mejor forma de obtener lo que sus familias ne-



cesitan en el entorno económico deprimido que caracteriza sus países. Algunos ellos no son más que obreros y trabajan bajo la amenaza de las armas o de la amenaza de terceros que amenazan con matar a sus familiares si rechazan esa actividad. En el “juego de la cocaína” el único ganador son las organizaciones terroristas y quienes se dedican al tráfico de sustancias narcóticas.



Esta simple y blanca sustancia creada en los remotos laboratorios de las junglas de Sudamérica sirve para financiar a las guerrillas terroristas que luchan contra los colombianos, alimenta a las células terroristas peruanas y hasta alienta a las acciones delictivas en Méjico, haciendo que cada vez haya más adictos en los Estados Unidos que en el resto de países del planeta. Esa es la única verdad del “polvo del demonio”.

Si hay algún consuelo para aquellos que están en primera línea de la lucha contra las drogas, es la pura satisfacción de encontrar un laboratorio que cuesta cientos de miles de dólares reducido a cenizas. Y mientras eso sucede, no hay escasez de laboratorios en Colombia, pues en sí mismos son “internacionales”. La cocaína es un negocio muy lucrativo, y las FARC se alían con cualquiera que les pueda dar dinero, incluyendo los peligrosos cárteles mejicanos y otras organizaciones terroristas. Un laboratorio suele estar dirigido por un único grupo pero, típicamente, produce coca para varios clientes internacionales

y DTO’s. Por lo que neutralizar uno de tamaño grande tiene un efecto multiplicador que ejerce presión sobre el “tablero” en el que se plantea la estrategia de este “juego” concreto.

En nuestro caso, el laboratorio que encontramos era grande, incluso para los estándares de los agentes de la DEA. Consistía en catorce edificios, contando los dedicados al descanso del personal para los cuarenta trabajadores, la cocina, los baños y duchas y los inmuebles dedicados al proceso. De acuerdo con los “Jungla”, tenía la capacidad de producir unos quinientos kilogramos al día. Cuando entramos en el área principal el vapor salía, serpenteando como si fuera un gusano, de una serie de ollas que contenían una mezcla de productos químicos y pasta de coca. Un fuerte olor a acetona inundaba el ambiente. La base de coca estaba almacenada en distintos puntos a nuestro alrededor, en grandes bolsas. Era obvio que ese laboratorio estaba diseñado para producir una gran cantidad de cocaína pura.

“Si hay algún consuelo para aquellos que están en primera línea de la lucha contra las drogas, es la pura satisfacción de encontrar un laboratorio que cuesta cientos de miles de dólares reducido a cenizas”

Entretanto, los “Jungla” proveían de seguridad al perímetro, el equipo de demolición preparó las cargas de explosivos C4 que acabarían con el laboratorio. Las situaron cerca de unos depósitos de gas propano y colocaron otras alrededor del equipo y del polvo de coca, buscando, sin ninguna duda, que nada allí quedase aprovechable. Mientras trabajaban, un agente estadounidense y yo comentábamos sobre el peligro y magnitud de esas operaciones. De pronto, su radio interrumpió nuestra conversación avisándonos que era el momento de irnos. Nos desplazamos hasta la LZ, donde acabó nuestra charla con un lacónico “muchos en nuestro país –Estados



Unidos– no piensan que esto sea una zona de guerra. Cada vez que tú despegas a bordo de un “Black Hawk”, no sabes si será la última. Pero es la única forma de hacerlo”.

Sólo una hora después de nuestra llegada ya nos habíamos movido hasta el punto de extracción. Con todo el mundo en zona segura, activaron dos explosiones que generaron una intensa bola de fuego y humo, dejando socarrado el suelo del lugar. Los helicópteros recogieron con rapidez a los agentes. Volando a baja cota sobre el entorno montañoso, pude ver ya la cara relajada y sonriente de los “comandos”, con su nivel de adrenalina volviendo a los índices normales. Fue un buen día, pues nadie murió y asestaron al adversario un buen golpe. Sólo otro día en la vida en las fuerzas policiales que luchan en la jungla colombiana.

Jeff Randall es estadounidense y dirige la ESSEL –Escuela de Supervivencia en la Selva– de Perú. Conoce muy bien las peculiaridades de la criminalidad en distintos países sudamericanos.

